



LOS AMANTES DE TERUEL

Nueva relación histórica y compendiada de los amores y trágico suceso de dichos amantes don Diego de Marcilla y doña Isabel de Segura

PRIMERA PARTE

La amistad más franca y pura unía con maravilla á D. Martín de Marcilla y á D. Pedro de Segura. De iguales inclinaciones en sus afectos sinceros, igual lustre en los blasones y en fin buenos caballeros.

Tenían ambos á dos por sola y única ley amar y servir á Dios, su honor, su patria y su rey. Uno á otro se servían con el cariño más fiel, y muy vecinos vivían en la ciudad de Teruel.

Eldo Marcilla adoraba á su hijo llamado Diego, quien desde niño mostraba en sus miradas de fuego, en su honrado proceder, en su porté y gentileza, que ejemplo podría ser de la española nobleza; y D. Pedro de Segura amaba con alma y vida á Isabel su hija querida, flor de amor y de ternura inocente, carifiosa, de muy gentil apostura, de celestial hermosura y tan pura como hermosa. Criados estos dos niños casi juntos, se adoraban y entre ellos se prodigaban mil infantiles cariños, y como en aquella edad primera de la existencia forman amor é inocencia toda la felicidad, los dos niños la pasaron en muy apacible calma en esa hermandad del alma que ellos mismos se crearon. Y así felices vivían y de su afecto gozaban y entre flores se dormían y entre flores despertaban Así su infancia pasó, y en la edad de las pasiones en sus tiernos corazones el más puro amor nació. Diego sintió el alma arder en el fuego del amor: sufría cierto dolor muy parecido al placer, que entre piadoso y cruel le daba vida y mataba... era amor y el no acertaba á decir: te amo, Isabel. También en dulce querella de amor Isabel gemía; también su fuego sentía la enamorada doncella, que en ambos el mismo afán encendió llama amorosa; que era Isabel tan hermosa como don Diego galán. Un día que estaba Diego

conversando con su amada sintiendo el alma abrasada en el amoroso fuego; ante ella puesto de hinojos, la mano en el corazón, y alzando al cielo los ojos la declaró su pasión: juróle que su hermosura movía en su pecho guerra: y era la sola ventura que ambicionaba en la tierra, y que la amaba de suerte que estaba ya decidido; que entre la muerte ó su olvido preferiría la muerte. ¡Con cuán turbada atención la bella en aquel instante con qué gozo de su amante escuchó la confesión! Al punto le alzó del suelo y descubrió sin rebozo al enamorado mozo el secreto de su anhelo. Ambos se participaron sus recíprocos temores, y de los llantos de amores y de sus goces hablaron. Despidiose de la hermosa don Diego con alegría de esperar al nuevo día y pedirla por esposa. ¡Cuan aliviados sus pechos aquella noche no hallaron! Ambos á dos la pasaron desvelados en su lecho. Ella no llamaba al sueño, que tenía el pensamiento en la imagen, el acento y en el brío de su dueño. Y el sueño esquivaba él libre de amantes enojos, fijos del alma los ojos en los ojos de Isabel. Madrugó Diego la aurora, mas no madrugó por verla, que ansía sólo ver la bella que su corazón adora; y sin perder ocasión se encaminó á la morada de los padres de su amada, y con cortés atención pidiéndola por esposa el enamorado Diego,

con la elocuencia del fuego de su pasión amorosa, fuerte pasión aunque honesta, con admiración no poca halló en la paterna boca tan no esperada respuesta: «Diego, eres noble y honrado »y te aprecio mucho, Diego, »pero que mires te ruego »que es asunto delicado »el que te trajo á mi casa, »y ya tu sabes también »que es de importancia no escasa »y debe tratarse bien. »No dudo de tu virtud »ni pongo duda á tu amor; »esta es la más grata flor »que nos da la juventud; »mas tu que no eres niño »de sobra has de comprender »que no basta á una mujer »virtud, nobleza y cariño; »y á tu demanda importuna »la respuesta encontrarás »si vuelves la vista atrás »y calculas tu fortuna; »y pues te sobra nobleza »conoce, aunque yo te aflija, »si puedo á mi hermosa hija »arrojar á la pobreza... »No, Diego, no puede ser: »te lo digo en conclusión, »y advierte que en esta acción »sólo cumplo mi deber!»

Diego á la calle se lanza con el alma dolorida, llorando al ver convertida en dolor toda su esperanza, y maldiciendo su suerte y su fortuna precaria, llamaba á voces la muerte, sorda á su triste plegaria, pero su llanto pueril atajó y en grave calma llamó el esfuerzo del alma á su pecho varonil, y exclamó: ¡Vanos lamentos! ¿Yo juguete de un acaso seré? No, cierran el paso á mis honrados intentos, dan al orgullo tributo con egoísmo cruel: cubren de dolor y luto

mi vida y la de Isabel: mas pues la fortuna avara me arrebató el bien que adoro pues sólo me falta el oro para arrojar á la cara del que burla mi esperanza, no me faltarán tesoros. Mi patria oprimen los moros, yo sabré enristrar la lanza... Cubra mi cuerpo la tierra si muero en la guerra cruel; si vivo y triunfo, Isabel será mi esposa: ¡a la guerra! Así dijo: y esperando á que oscureciese el día, ocultando su agonía y su dolor ocultando, el alma llena de hiel, fué silencioso al fin á la casa de Isabel, que aguardaba en el jardín. En sus latidos violentos habló el corazón por ellos y reñovaron aquellos amorosos juramentos. Deploraron la injusticia de los hados inclementes aquellas dos inocentes víctimas de la avaricia y en efecto ¿qué mayor bien ni riqueza querían cuando en su pecho tenían tantos tesoros de amor? Marcilla, del corazón detuvo el latir violento, y á Isabel en un momento contó su resolución.

Trazó con vivos colores la esperanza que alentaba y de como él esperaba ganar trofeos y honores; que se mantendría fiel y sufriría con paciencia los dolores de la ausencia siendo amado de Isabel. «Cinco años (dijo) y concluyo con todo, tú lo verás, cinco años y tú serás feliz, pues yo seré tuyo.» Isabel aunque afligida quedó un poco consolada y aquella voz tan querida escuchaba embelesada.

Convino con Diego en todo,
y en medio de su quebranto,
entre suspiros y llanto
juró que de ningún modo
se entregaría á otros brazos,
ni su amor desconociera
aunque su padre la hiciera
el corazón á pedazos:
que desafiaba su suerte
y esperaría en paciencia
más amorosa en la ausencia
y en la desgracia más fuerte.
«Y en la misma sepultura,
(dijo) fiel me encontrarás
y aun amorosa verás
á tu Isabel de Segura.»
A la mañana siguiente,
devorando sus enojos,
rojos de llanto los ojos,
llena de arrugas la frente,
en marcha precipitada
Diego de casa salió,
y sus pasos dirigió
á la casa de su amada.
Hizo á D. Pedro llamar
y retirándose aparte
al grave anciano dió parte
del proyecto singular.
«Señor (dijo) me despido:
salgo, señor de mi tierra,
voy á lanzarme en la guerra,
cinco años de tiempo os pido.
Isabel me ama; los dos
respetamos vuestra ley
yo voy á servir al rey
por volver digno de vos.
Si venciendo á los infieles
lleno de insignias mi pecho
mis arcas ganan provecho
y ciño heróicos laureles,

espero que no os aflija
verme volver de repente
y dar á un rico valiente
la mano de vuestra hija.»
Don Pedro le contestó
que su palabra empeñaba
y el compromiso aceptaba,
y Diego se despidió.
Mas D. Pedro en su interior
(por ser avaro cruel)
decía: «Nunca Isabel
querré que alague su amor:
todo con tiempo se olvida:
Isabel le olvidará
y después se casará
con quien yo le mande ó pida.»
Diego en tanto desolado
y deseando batirse
corrió al punto á despedirse
de su buen padre adorado.
Encerróse en su escritorio
y jurando serle fiel
escribió un largo billete
á su querida Isabel.
Luego á su padre abrazó
que era del honor espejo...
¡Oh cuánto honrado consejo!
¡Cuántos abrazos le dió!
También lloraba el galán
por su padre y por sus lares,
mas apretó los ijares
de su gallardo alazán.
Armóse de su valor,
la rienda al caballo dió
y de su patria salió
para conquistar su amor.
El inclito Diego parte
y el lector que ver quisiera
la fortuna que le espera,
lea la segunda parte.

FIN

(Es propiedad)